

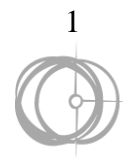
En busca del pueblo perdido: las izquierdas latinoamericanas a la reconquista de las clases populares

Fabrice ANDREANI, Federico TARRAGONI y Natacha VAISSET

Este dossier surgió de un encuentro entre investigadores americanistas en el marco del XVI Congreso internacional de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas (AHILA) que tuvo lugar en San Fernando (Cádiz, España) del 6 al 9 de septiembre de 2011. Los organizadores de la sesión temática que nos reunió ahí, Gerardo Leibner y Eugenia Palieraki, querían que nuestro panel llevara el sello de la (in)actualidad. Al escoger el título “En busca del pueblo perdido: la construcción de un imaginario popular desde las izquierdas”, proponían abrir un espacio de debate y discusión respecto al tema, con una perspectiva histórica, y descifrar eventuales (dis)continuidades con el presente. Tanto diacrónico como sincrónico, este diálogo decididamente interdisciplinario –histórico, sociológico, político, filosófico, estético– entre imaginarios populares de izquierda en el subcontinente estuvo estructurado por sus iniciadores alrededor de dos lineamientos: por un lado, “estudiar la contribución de las izquierdas a la formación del ‘sujeto popular’ como actor político”; por otro, “interrogar las tensiones latentes en su(s) imaginario(s), entre el ‘pueblo ideal’ y el ‘pueblo real’”. Por lo tanto, se trataba de dos actitudes epistemológicas opuestas frente al elemento *tiempo*, pero tal vez complementarias: analizar la producción específicamente partidaria, es decir tanto ideológica como táctica, de un actor ubicado en un ámbito socioeconómico popular, llamado a protagonizar un futuro virgen de injusticias; inversamente, de manera casi retroactiva, cartografiar el espacio sociohistórico de los desfases entre idearios triunfadores y realidades palpables, entre el ideal popular cultivado por (neo)élites y las experiencias sensibles correspondientes con su área de desempeño (incluso fuera del poder de Estado), siendo cada nueva desilusión objeto de nuevas luchas por viejos sueños nunca plenamente alcanzados.

Esta dialéctica parecía resumir de por sí la historia completa de los dos últimos siglos latinoamericanos, hecha de episodios de politización popular singularmente heteróclitos y heterogéneos: entre varias movilizaciones campesinas, obreras, indígenas, e informales, variablemente fortalecidas, y una plétora de tradiciones intelectuales y organizacionales –republicanismo radical, socialismo, anarquismo, marxismo-leninismo, estalinismo, trotskismo, aprismo, castrismo, guevarismo, foquismo, neo-indigenismo, indianismo, teología de la liberación, tercermundismo, etc. Gracias al enfoque adoptado por Gerardo Leibner y Eugenia Palieraki, las complejas dinámicas de socialización política que se dieron desde las independencias, indudablemente *plurales*, pueden ser reunidas por un mismo hilo conductor, que raramente ha sido cuestionado como tal: un pueblo oscilando eternamente entre utopía y comprobación crítica, entre nombre de una identidad colectiva y agregado no identificable.

A primera vista, en una perspectiva sociohistórica, el pueblo aparece como el mito principal –original y originario– de la izquierda regional, un *continuum* que atraviesa sus diferentes actualizaciones militantes hasta hoy en día. El *pueblo* es el grito de guerra lanzado por los empresarios sucesivos de la emancipación continental a sociedades duales, desigualitarias, neocoloniales e infeudadas a la hegemonía estadounidense. Pero traducir semejante grito en prácticas y subjetividades



correlacionadas se revela un desafío más complejo aún. Y es la propia tarea del *social scientist* observar este doble movimiento de materialización de la ideología y de retroacción de las prácticas sobre las ideas –sea por ilusión o desencanto. Grito guerrero y lema de un cambio que está por venir, el pueblo no deja, sin embargo, de experimentar una serie de desfases: desfase melancólico entre ingeniería reformadora y mecanismos de dominación multiseculares; desfase político entre proyección de pueblos unificados en un ideal de pueblo único bajo la bandera de la revolución continental y la realidad de un conjunto de prácticas, de identidades, de formas de acción y movilizaciones diversas, frágiles, efímeras; desfase filosófico entre un pueblo “eminente bueno, justo y soberano”, para retomar la definición de Simón Bolívar, y un pueblo excluido, tradicional y conservador; desfase estético entre una representación revolucionaria del pueblo y los paisajes sociales distintos –a menudo poco conformes a dicha representación– de las clases populares del subcontinente.

Lejos de haberse perdido en los escombros de lo que Eric Hobsbawm bautizó como “la edad de los extremos”, el pueblo como marca de fábrica privilegiada y paradójica de las izquierdas se impuso al amanecer el nuevo milenio. El reciente *giro hacia la izquierda*, irónicamente ubicado por la historia en el último cambio de siglo, dio lugar a la ascensión de múltiples formas de asociación e incluso fusión entre movimientos sociales y partidos de gobierno a la cabeza del Estado, que se beneficiaron de un importante apoyo popular y reinventaron gramáticas políticas inéditas para la construcción del sujeto popular del siglo XXI. Categoría periodística forjada a la estela de las elecciones de Hugo Chávez en Venezuela (1998), Ignacio Lula Da Silva en Brasil (2002) y Néstor Kirchner en Argentina, y de sus herederos actuales –Nicolás Maduro, Dilma Rousseff y Cristina Fernández–, dicho *giro* desembocó en situaciones de gobernabilidad tan distintas como las del Chile de Michelle Bachelet en Chile, del Paraguay de Fernando Lugo (destituído en el 2012), de la Bolivia de Evo Morales, o del Ecuador de Rafael Correa, y más recientemente del Perú de Ollanta Humala y del Uruguay de José Mujica. Mas esta etiqueta, aunque haya emergido del sentido común, plantea con nueva fuerza la problemática del resurgimiento recurrente del pueblo en la política criolla contemporánea.

En el transcurso de una (o dos) “década(s) perdida(s)” de reestructuración neoliberal de las democracias ahora *viejas* del Cono Sur o de los Andes y de la democracia ya no *pactada* venezolana, numerosos movimientos populares se forjan como opositores frente a la implacable disciplina económica requerida por los planes de *ajuste* y la terapias de choque de los comúnmente llamados *Chicago boys*. Vinculando de forma reticular los barrios –o villas o *favelas*–, el campo y las comunidades indígenas, estas movilizaciones han encontrado una válvula de escape propiamente política en la alternancia electoral de los años 1990 y 2000, que se pudo considerar *en caliente* como *revolucionaria*. Al permitir el transcurso del tiempo más distancia crítica, se ha empezado a distinguir dos izquierdas: una *socialdemócrata* representada por Lula y Bachelet, y otra *neopopulista* encarnada por los liderazgos más evidentemente carismáticos de Chávez, Morales y Correa. De hecho, mientras se destaca en todas esas experiencias la cuestión de la extensión de los derechos vinculados con la ciudadanía democrática –problemática estructural de la izquierda–, las segundas hacen resaltar más particularmente la cuestión más radical de la naturaleza social exacta del *pueblo*, de las modalidades de acceso a la *res publica* de la plebe, de los miserables, de los nuevos *descamisados*, de la *chusma* a la vez inaudible y miserable. Sin embargo, no se puede sino constatar, tanto en el campo mediático como en el académico, que esta separación entre dos *almas* del nuevo pueblo de izquierda gana en facilidad de identificación lo que

pierde en eficacia analítica. En efecto, en muchísimos casos la categoría *neopopulista* sólo sirve para estigmatizar las configuraciones estatales juzgadas más *radicales* o *extremas* –es decir dominadas por los discursos (incluyendo los dispositivos jurídico-constitucionales) más antiimperialistas y/o anticapitalistas–, utilizando y re-alimentando, con o sin razón, los viejos fantasmas del caudillo (sub)tropical de los años 1930, ciegamente adulado por masas incultas y peligrosas.

Pensar el pueblo de las nuevas izquierdas latinoamericanas nos lleva así a proponer tres rumbos de investigación. Primero: pensar el pueblo de las democracias, dado que la América Latina ha conocido procesos ambivalentes de democratización a lo largo del siglo XX, incluyendo a clases popular tradicionalmente marginadas, así como a parte de las clases medias, a menudo drásticamente empobrecidas por las transiciones neoliberales y las crisis económicas –siendo quizás la última la más violenta. Segundo: pensar el pueblo de las izquierdas en general, problema clásico pero no menos inextricable, planteado por muchos historiadores del socialismo europeo y complicado por la pluralidad de grupos y referentes culturales asimilados en el subcontinente. Tercero: pensar el pueblo de las *nuevas* izquierdas en el poder, y en particular las llamadas *neopopulistas* –pero muchas veces sin jamás explicitar su relación a una presunta *tradición populista*–, siendo esta última ambición casi un paralogsimo.

¿Cuál es el pueblo de las izquierdas (*neo*)populistas y socialdemócratas? ¿Coincide con las fronteras de las clases populares afectadas por la gobernanza ultra liberal, tanto financiera como policial? ¿Incluye a las clases medias? ¿Cómo se pueden pensar juntos y sin prejuicios estos *pueblos* y sus *nuevas* repúblicas, que tanto han sido caracterizadas de *imperfectas*, *débiles*, y potencialmente *autoritarias*? ¿En su conjunto, ha sido la izquierda capaz de transformar definitivamente las democracias produciendo un *nuevo* pueblo? Tantas preguntas aún no resueltas por las ciencias sociales, demuestran la actualidad problemática sugerida por el llamamiento bolivariano: “Dignaos, legisladores, dignaos darle a nuestro pueblo un Gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral; que encadene la opresión, la anarquía y la culpa, y que bajo el imperio de leyes inexorables, haga triunfar la justicia, la igualdad y la libertad”¹.

Desde los socialismos del siglo XIX hacia los del siglo XXI, la izquierda latinoamericana ha hecho de esta máxima de Bolívar el himno de su unidad patriótica: un nuevo gobierno, nuevas leyes, y que la política sea por fin una *praxis* popular. Ahora bien, ¿se puede adaptar una supuesta moral *virtuosa* –la del pueblo– a otra cínica, si no amoral –la del poder–? Y, en caso de que sí, ¿cómo se verifica? ¿Han logrado los nuevos ocupantes del Estado popularizar el poder y, simétricamente, han ayudado a crear las condiciones de una política popular? O más bien, para citar la famosa y aquí muy apropiada frase de Marx tratándose de Napoleón III, ¿se trataría una vez más de “estas épocas de crisis revolucionaria” durante las cuales los jefes carismáticos “conjuran temerosos en su exilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal”²?

A estas preguntas y a otras más propusieron responder los autores de este dossier –presentes o no en Cádiz– partiendo de enfoques metodológicos, de disciplinas y de terrenos distintos y observando fenómenos múltiples.

1. Simón BOLÍVAR, *Discurso de Angostura*, 15 de febrero de 1819.

2. Karl MARX, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, 1851-1852, ed. de Madrid, Espasa-Calpe, 1992, p. 213.



En su artículo, Carlos de La Torre analiza las ambigüedades que anidarían en el uso de los conceptos de *pueblo* y de *populismo*. En efecto, el autor considera el pueblo como una construcción discursiva cuyo sentido y alcance cambia dependiendo de quién lo use y con qué propósito. En el marco de este dossier, enfoca su estudio sobre los casos de la Venezuela de Hugo Chávez, de la Bolivia de Evo Morales y del Ecuador de Rafael Correa, considerados como paradigmas de la vertiente *populista* de las *nuevas izquierdas* latinoamericanas que se han venido perfilando desde el principio del siglo XXI.

El artículo de Federico Tarragoni, centrado en la Venezuela de Hugo Chávez, se articula con el anterior al proponer una redefinición del concepto de populismo que acuerde menos importancia a la figura del líder carismático y se base más, a nivel micro, en la experiencia y acción política del pueblo. Según él, para llegar a una *sociología del populismo*, se trata de observar las interacciones entre las dinámicas que nacen *desde arriba* –las élites de todo tipo– y las que emergen *desde abajo* –las clases populares.

A este respecto, el trabajo de Fabrice Andreani –que parte también del caso venezolano pero en relación con los países miembros del ALBA– ofrece un análisis *internacionalizado* de la forma cómo se piensa y desarrolla el nuevo concepto de *democracia de los pueblos* desde las élites del continente y de hasta qué punto las clases populares se apropian dicho fenómeno. En efecto, la dimensión transnacional valorada por estas *nuevas izquierdas* latinoamericanas se puede integrar entre los elementos que definen su esencia, lo cual explicaría que se puedan observar correspondencias en sus maneras de concebir *el* pueblo.

4

Asimismo, tal vez se pueda percibir la influencia de estas experiencias transnacionales en el fenómeno analizado por Cécile Casen en su artículo sobre la Bolivia de Evo Morales. La autora observa cómo una población originariamente marginada –los *indígenas*– cobra progresivamente el estatus de mayoría debido a la mediación de sus líderes y resulta finalmente ser una potente herramienta discursiva en la arena política en una lógica de lucha contra la dominación (política, económica, social, cultural, etc.).

A su vez, el estudio de Natacha Vaisset analiza cómo las reformas educativas llevadas a cabo en Venezuela desde 1999 ambicionan pasar de la noción de *pueblo* como una construcción discursiva ideada *desde afuera* por el gobierno (representante del pueblo pero externo a éste) a la constitución de un cuerpo popular políticamente autónomo. En esta visión, la potencia transformadora de la educación y de las representaciones que vehicula permitiría, a largo plazo, una modificación pseudoespontánea *desde adentro* del ser político que son las masas populares.

Por fin, el artículo de Moira Cristiá sobre la producción iconográfica de Ricardo Carpani y las películas del grupo *Cine Liberación* en la Argentina de los años 1960 y 1970, traspone las reflexiones previas entorno a la esencia y las representaciones del *pueblo* a otro período de evolución de las izquierdas tradicionales. Ahí, la autora recalca la dualidad presente en las representaciones del pueblo –dominado pero potencialmente potente– y muestra la ambigüedad que radica en el hecho de que sean las élites intelectuales las que *definen* el pueblo.

Al fin y al cabo, el conjunto de estos artículos ofrece al lector varias pistas de reflexión y diferentes elementos de respuesta sobre cómo una serie de movimientos sociopolíticos latinoamericanos identificados como *de izquierda* conciben y hacen vivir al *pueblo*.